

INTEGRACIÓN CENTROAMERICANA CON EXCLUSIÓN SOCIAL

*Nora Garita Bonilla**

Introducción

El propósito de las siguientes reflexiones es el de señalar cómo los procesos de exclusión social en el interior de los países inciden de manera negativa en los esfuerzos por el logro de una *integración centroamericana*.

Es necesario destacar en primer lugar, la existencia de dos elementos contrapuestos en Centroamérica: por un lado, construcción de ciudadanía; por el otro, procesos de desintegración social que van constituyendo, por decir así, ciudadanos de segundo rango. Integración-exclusión presentes en el proceso.

Beriain habla de integración como:

“Determinadas formas cualitativas de orden y estructuración de las relaciones sociales, cuyas contrapartes serían la desorganización y la desintegración (pero no la indiferencia, en el sentido de unos estados deficitarios y patológicamente estructurados y organizados” (Beriaín: 1995:41).

Al respecto, señala Roy Rivera tres dimensiones de esta integración: *funcional, moral y simbólica* (Rivera:2000).

Estas dimensiones no son coincidentes en la temporalidad, por lo que pueden presentarse grados diversos de integración según las dimensiones.

En segundo lugar cabe recordar que en determinados momentos históricos, el Estado asumió tareas de integración funcional, pero la dinámica económica actual ha generado niveles muy desiguales de integración, cada vez menos paliados por las políticas públicas.

En Centro América, los esfuerzos de los gobiernos y sectores empresariales por lograr una integración como región, tienen ese telón de fondo de procesos a la vez integradores y fragmentadores.

En el contexto de este artículo utilizaremos como definición operacional de la exclusión aquellos procesos sociales que, independientemente de las voluntades individuales, impiden a ciertos grupos de personas participar e incorporarse a ámbitos sociales claves en su desarrollo personal. Podríamos señalar como ámbitos fundamentales: mercado

*Doctora en Sociología de la Universidad de París X, Profesora de la Universidad de Costa Rica.

Ha sido consultora del PNUD en el *Programa de Gobernabilidad Democrática* en Centroamérica.

laboral, sistemas de salud, sistema formal educativo, esfera del poder político, imaginarios sociales que definen una identidad cultural nacional. Señalamos estas esferas por considerarlas de importancia en la vida de los individuos. Claro que los ámbitos no se agotan en esta lista. Las razones de exclusión varían, pero tal vez las más relevantes son de género, de etnia, de clase social, etarias.

Si bien la pobreza conlleva múltiples exclusiones, ni la desintegración social ni la exclusión son sus sinónimos, ya que muchos procesos de exclusión ocurren de manera independiente de la pobreza. Obviamente en condiciones de pobreza, las exclusiones son más impactantes.

Antecedentes

Los vaivenes de la Integración

La historia de Centro América ha estado marcada por tensiones de tendencias unionistas y divisionistas. A lo largo del Siglo XIX, esto es evidente: la formación de la Federación Centroamericana no fue de larga duración, puesto que a escasos cinco años de constituida, El Salvador y Costa Rica se separan (1829). Morazán instala de nuevo el gobierno federal y al año siguiente, Rafael Caldera en Guatemala, disolvió la Federación. En Costa Rica, Braulio Carrillo separó a Costa Rica de la Federación.

Así continúa la dinámica unión-desunión, durante el siglo pasado, pasando por el frente común que fue la campaña “centroamericana” contra William Walker.

La primera mitad del Siglo Veinte ve también resurgir algunos intentos unionistas (Pacto de Corinto, Corte Suprema de Justicia Centroamericana, Pacto de la Unión Centroamericana).

La segunda mitad de este siglo arrancó con el proyecto de Integración Económica Centroamericana, intento de desarrollo regional basado en una industrialización de sustitución de importaciones.

Entre 1951 y los años setentas, se inicia la creación de una institucionalidad regional: Consejo Económico Centro-americano, Secretaría general del Tratado de Integración Centroamericana (SIECA), el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), la Cámara de Compensación Centroamericana (CCC), etc.

Como señala Luis Guillermo Solís:

“...los procesos de Integración Centroamericana se han caracterizado, desde los años inmediatamente posteriores a la Independencia, por tres

denominadores: el hegemonismo, la ausencia democrática y el desorden institucional. En efecto, uno tras otro, todos los intentos por construir una Federación primero, una República Mayor después, o incluso una Organización de Estados en fecha más reciente, tuvieron como telón de fondo paradigmas no democráticos donde el elemento militar -por la vía de la imposición hegemónica- era predominante” (Solís: 1998: 9).

Lo que precisamente tuvo de particular Esquipulas II en 1987, fue el haber sido un esfuerzo conjunto de la región con carácter pacificador y democrático.

Los procesos de paz y los avances en la construcción democrática, cambian el telón de fondo de los diálogos de presidentes que se realizan en las Cumbres a partir de entonces. En 1994, con la ALIDES, se da un intento de unidad conceptual, de plataforma común en la búsqueda del desarrollo sostenible (Seas: 2000).

Lo que permite que se mantenga y revitalice la construcción de Centroamérica como región, además de esos esfuerzos institucionales, son dos fenómenos de naturaleza diferente, pero que nos integran, al margen de cualquier intencionalidad de los gobiernos: los desastres llamados “naturales” y las migraciones.

El paso del Huracán Mitch por Centro América dejó pérdidas de unos siete billones de dólares y unos 20.000 muertos o desaparecidos. Pero más allá de estas cifras, lo que nos interesa destacar no fue tanto la magnitud, como el carácter regional del evento, es decir, cuyo impacto tiene significado más allá de los límites de cada país.

“La importancia de la interrupción del comercio transísmico y los impactos para todos los países de la región, el problema de la migración de población hacia otros países, particularmente Costa Rica y la necesidad de encontrar una solución negociada y justa entre los distintos países en cuanto a la distribución más equitativa de la ayuda para la emergencia y la reconstrucción, dio al evento una dimensión extranacional que era imposible soslayar”. (Lavell Thomas, Allan: 2000:31).

El Mitch, con su saldo desolador, *“puede constituirse en una oportunidad para la transformación de la región”*. (Novalski, Jorge, 2000:189).

Si la construcción social del riesgo llegó a magnificar los desastres del Mitch, el esfuerzo de no repetir ese camino sino más bien de transformar las condiciones para disminuir la vulnerabilidad obliga a la unidad regional en

este esfuerzo.

La integración social de nuevo cuño

Las históricas desigualdades sociales de los países centroamericanos, fueron sin duda el germen de los conflictos sociales de este siglo en la región y condujeron a los años de enfrentamientos armados y a una guerra de carácter regional. Para 1980, sólo para citar un dato, el 65,2% de la población centroamericana no podía satisfacer sus necesidades mínimas (Cepal: 1983). Desencadenantes de los conflictos, las inequidades se agravaron con los conflictos bélicos, que succionaron los recursos existentes.

La firma del 7 de agosto de 1987 de los acuerdos de búsqueda de una paz duradera (Esquipulas II), marca una nueva era en las relaciones regionales no sólo por señalar el fin de la guerra, sino por el carácter regional de las negociaciones y acuerdos.

La construcción de las democracias marca un hito en tanto ahora se cuenta con una legalidad y unos acuerdos que otorgan a todos los ciudadanos centroamericanos la igualdad de derechos y deberes. Utilizando una expresión de Carlos Sojo, *“un horizonte utópico de igualdad”*. Por eso a partir de la Centro América en democracia, hablamos de desintegración social de nuevo tipo, porque al menos se cuenta ya con una legalidad y una institucionalidad democrática que teóricamente garantiza a todos un marco de igualdad.

Paradójicamente, las políticas económicas de los años más recientes no apuntan a la obtención de esa igualdad. Aún cuando haya crecimiento, no se da el desarrollo.

Como comenta Edmundo Jarquín, director de la División de Estado y Sociedad Civil del BID:

*“¿Y qué es lo que explica esta paradoja: crecimiento con desigualdad y pobreza? La única explicación racional de que se pueda crecer sin desarrollo es que el sistema político es incapaz de agregar, procesar y responder adecuadamente a las demandas de los ciudadanos. Si los sistemas políticos hubieran sido capaces de responder a esas demandas, ese crecimiento debió haberse convertido en desarrollo, es decir, **en mayores grados de cohesión e integración social**, lo cual no es una de las características de América Central”*. (Jarquín, Edmundo: 1999:16, el subrayado es nuestro).

La desintegración social de nuevo cuño se da pues, en el marco de sistemas políticos democráticos con gobiernos que enfilan sus políticas al

crecimiento económico sin desarrollo.

Integración o exclusión del mercado laboral

Uno de los más recientes trabajos del investigador Wim Diercksens (Diercksens:2000), señala que la actual economía neoliberal ni siquiera ha incrementado inversiones reales que apuntan al crecimiento económico como en décadas anteriores, sino que lucha por acaparar mercados ya existentes (ejemplo: fusiones de empresas y a un crecimiento del capital financiero). Esto tiene un impacto negativo en el mercado laboral. Las fusiones y adquisiciones de las multinacionales, señala Diercksens, conllevan a la exclusión del mercado laboral: menor acceso a trabajos asalariados y necesidad de fomentar el auto-empleo.

Al no fomentarse el empleo asalariado, la capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo aumenta, impactando “hacia abajo” las condiciones de contratación.

Otro rasgo relevante, apunta Diercksens, es que el Estado ya no es empleador: hay disminución de la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo por parte del Estado. Paralelo a esto, el esperado dinamismo del sector privado no ha generado tanto empleo como se esperaba.

La proliferación del auto-empleo pareciera favorecer sólo a grupos profesionales, pues “*conforme aumenta la pobreza, el pago de servicios por auto-empleo, tiende a la baja*”. (Idem).

Los procesos de exclusión del mercado laboral son desiguales. Algunos son más excluidos que otros: así las tasas de desempleo en los jóvenes son más altas que las tasas nacionales de desempleo.

Con datos de OIT, elaborados por J. Nowalski, puede verificarse esta afirmación:

- La tasa de desempleo total en Costa Rica, para 1990, fue de 5,4. La de jóvenes, 10,3. En El Salvador para el mismo año, la tasa total de desempleo fue de 10; la de los jóvenes de 18,6. Un caso impactante es el de Panamá cuya tasa nacional de desempleo para 1990, fue de 20 y la de los jóvenes 38,8. (Nowalski, J. julio 2000, apéndice estadístico).

El trabajo de Wim Diercksens, concluye mostrando cómo el género y el ciclo de vida son los factores mayores de exclusión del mundo laboral.

Es en ese espacio del mercado laboral donde se visibilizan con mayor claridad los procesos de exclusión. Y es tal vez ahí donde sea de mayor trascendencia en el desarrollo de una vida el ser incluido o no incluido.

Esta situación se torna en factor de expulsión en la propia sociedad de origen de la mayoría de los emigrantes actuales. Como señala el informe *Estado de la región*, otras olas migratorias anteriores en Centroamérica tuvieron causas políticas (las guerras) pero en este momento la mayoría de los emigrantes sale en busca de mejores oportunidades laborales. Se observa un cambio en los patrones migratorios: los movimientos forzados por los conflictos armados han ido disminuyendo, especialmente tras los acuerdos de paz. Los movimientos migratorios extrarregionales (iniciados aún antes de los conflictos armados) se han ido incrementando. Dice el citado informe:

“Los emigrantes centroamericanos que residían en otros países de la misma región disminuyeron de 50,2% a 7,5% del total de emigrantes entre 1970 y 1990; mientras tanto, aumenta la proporción que se dirige hacia el Norte del continente: 49,8% en 1970, hasta alcanzar el 92,5% a inicios de los noventa”. (Estado de la región: 1999: cuadro 14.2:364). el caso de Belice es interesante, al punto de que la composición étnica al interior del país se ha transformado: fuerte emigración de afrobeliceños hacia Estados Unidos, fuerte inmigración de guatemaltecos hacia Belice. Sin tener datos más recientes y precisos, el Estado de la región señala a Costa Rica como “el país receptor con mayor número de inmigrantes centroamericanos” (ídem:365).

Las migraciones actuales son pues, resultado fundamental de factores de exclusión del mercado laboral.

En salud y educación, no todos están incluidos

Las áreas de salud y educación reflejan diferencias enormes entre países.

Si se toman sólo dos indicadores: *cantidad de médicos por cada cien mil habitantes* y *cantidad de enfermeras por cien mil habitantes*, se encuentran altos contrastes: para Honduras, en 1993, 22 médicos y 17 enfermeras por cada cien mil habitantes. En Costa Rica, 126 médicos y 15 enfermeras por cien mil habitantes para el mismo año.

***CUADRO 1: Médicos y Enfermeras según número habitantes.
Centroamérica, 1993***

PAÍS MÉDICOS POR CIEN MIL ENFERMERAS POR CIEN

HABITANTES MIL HABITANTE

Belice	47	76
Costa Rica	126	95
El Salvador	91	38
Guatemala	90	30
Honduras	22	17
Nicaragua	82	56
Panamá	119	98

Fuente: PNCD, Informa sobre Desarrollo Humano, 1999.

Estas cifras obviamente no permiten observar las desigualdades de acceso a esos médicos y enfermeras en el interior de los países, pero sí revelan las inequidades en la región.

Otro indicador de las enormes diferencias entre países, es la *esperanza de vida* al nacer, que para 1999, marcaba diferencias de 12 años entre el país con más baja *esperanza de vida* y aquel que cuenta con la más alta: para 1997, en Costa Rica era de 76 años y en Guatemala de 64 años. (PNUD, Informe sobre desarrollo humano, 1999).

De nuevo aquí cabría hacer la misma observación que para el indicador anterior, pues dentro de cada país, las diferencias son significativas.

Un estudio que está en vías de realización aportará datos sobre las inequidades en el acceso a la salud al interior de los países (Nowalski: octubre 2000).

El Estado de la región señala otro indicador de desigualdad en Centro América: uno de cada cuatro niños padece de desnutrición crónica (op. cit.: 47).

En materia educativa, las diferencias entre países son enormes. Un indicador de inclusión de los jóvenes a la enseñanza formal, es la tasa neta de matriculación. El porcentaje de jóvenes de edades pertinentes que está matriculado en secundaria varía entre un 34,9%, en Guatemala a un 71,3%, en Panamá para 1997 (PNUD, Informe sobre desarrollo humano: 1999).

Cuando se piensa en ese 651% de jóvenes guatemaltecos que, teniendo edad, no asisten a la secundaria, se torna evidente la cadena de exclusiones a que esta situación lleva a la mayoría de los jóvenes guatemaltecos. Pensemos por un momento a lo comentado en párrafos anteriores sobre el mercado laboral: a menor nivel educativo, menos posibilidades de encontrar trabajo. Muchos de esos jóvenes engrosarán el auto-empleo, que casi nunca genera ingresos suficientes para obtener vivienda o formar parte de algún sistema de salud.

Veamos los datos de este indicador para todos los demás.

**CUADRO 2. Centro América. Tasa neta de matriculación secundaria
(% del grupo pertinente de edad)
1997**

Belice	63,6
Costa Rica	55,8
El Salvador	36,4
Guatemala	34,9
Honduras	36
Nicaragua	50,5
Panamá	71,3

Fuente: PNUD, Informe sobre Desarrollo Humano, 1999.

En este ámbito educativo las desigualdades de género son evidentes. El Estado de la región señala cómo “*la tasa de analfabetismo es, como promedio regional, un 18,3% mayor para las mujeres*” (op. cit.: 48).

La integración de voluntades y esfuerzos_

En el plano político, Centro América ha sido el escenario de cambios profundos en los últimos años, pasando de una dominación oligárquico-militar a lo que acertadamente ha sido llamado por Constantino Urcuyo, “*democracias imperfectas negociadas*” (Urcuyo: 1999:57). En contraposición a las democracias “tuteladas” del Cono Sur, con presencia tutelar e importante de los ejércitos, las negociaciones permitieron la integración de la guerrilla como fuerza política en El Salvador y Guatemala. En Nicaragua, la dictadura somocista fue derrocada. Es en este marco político integrador de diversos esfuerzos, en el que han tenido lugar dos interesantes fenómenos:

- Los procesos de concertación en todos los países.
- La integración de una sociedad civil regionalmente organizada.

Actores múltiples en los procesos de concertación

La sociedad civil de los diversos países ha jugado un papel importante junto con los gobiernos, en el espacio abierto por los procesos de concertación.

Pese a que la palabra *concertación* se confunde a veces con otras

modalidades de relación entre actores (por ejemplo, la así llamada “concertación” del Presidente Figueres en Costa Rica, en realidad correspondió más bien a una “consulta”), puede observarse en los años recientes la participación de la sociedad civil en decisiones estratégicas sobre el futuro de sus países. Pueden señalarse como relevantes los acuerdos de Bambito y Coronado en el caso panameño.

Una interesante relación establece Mercedes Peña entre democracia y beligerancia de la Sociedad Civil en Centro América (Peña: 1997:304) al afirmar:

“Si bien desde un punto de vista teórico democracia y sociedad civil van de la mano, en Centroamérica las organizaciones populares surgieron con mucho vigor en países donde el marco democrático estuvo más restringido. En aquellas sociedades donde se desarrolló la democracia de manera más “institucionalizada” (Honduras, Panamá y Costa Rica) la posibilidad de canalizar las demandas sociales por medio de partidos políticos y entidades gubernamentales hicieron menos necesarios los grupos organizados de la sociedad civil que, en otras circunstancias, hubiesen canalizado dichas demandas”. (...) “En el otro caso (Nicaragua, El Salvador, Guatemala) las organizaciones populares lograron mayores niveles organizativos, una mejor capacidad de convocatoria, una mayor capacidad para articular redes con otras organizaciones similares” (ídem).

Esta correlación entre democracia-beligerancia de la sociedad civil que establece Peña es interesante, aunque pareciera necesario hacer la salvedad del caso panameño en el que, pese a la institucionalización existente, la sociedad civil cobró vigor y jugó un rol determinante en los procesos del traspaso canalero.

En Guatemala, en el período posterior a los acuerdos de Esquipulas, se abre un proceso de diálogo entre sectores políticos (sobre todo gobierno-URNG) como una necesidad de búsqueda de salida a la crisis. Con las particularidades propias de la situación guatemalteca, el proceso de concertación en ese país permitió el fortalecimiento de los *Mayas* como un nuevo actor social (Gálvez, Víctor, 1997).

El camino salvadoreño hacia la paz, también reconstituyó actores en el proceso. Para algunos, los acuerdos de abril de 1992, a escasos tres meses de la firma de la paz entre el gobierno y el FMLN en Chapultepec, marcan el primer documento fruto de una concertación en la historia Centroamericana.

“Los acuerdos son exitosos en detener la guerra porque recogen una serie de consensos formales existentes en la sociedad salvadoreña, sobre los

cambios sociales y políticos que requiere el país para prevenir nuevos conflictos” (Rafael Guido Béjar: 1997:206).

En sentido técnico estricto estos acuerdos tan trascendentales para el futuro salvadoreño podrían considerarse como un “pacto” político. Sin embargo, el proceso de diálogo entre actores que continúa a partir de ese momento permite a algunos considerar esos acuerdos como la *Primera Concertación Centroamericana*.

En Honduras, el *proceso de convergencia* ha tenido sus opositores encubiertos, pero a pesar de un cierto burocratismo, el proceso ha hecho avanzar la institucionalidad democrática.

En Costa Rica, con una cultura política muy centrada en el eje del sufragio y la representatividad, el proceso de concertación convocado por el gobierno del presidente Rodríguez, apuntó hacia una renovación de la democracia.

Como común denominador encontramos la emergencia de nuevos actores (grupos de mujeres con agenda propios como en Costa Rica y El Salvador, el actor “Maya” en Guatemala, etc.) y un diálogo fructífero capaz de unir esfuerzos integradores de las diversas demandas de tan diversos sectores.

La sociedad civil regionalmente organizada:

Las negociaciones de paz abrieron espacios institucionales a la participación de las sociedades civiles nacionales. En períodos anteriores, especialmente en el período del modelo ODECA de integración (años 50 y 60), esto estuvo relegado en Centro América (Sol, Ricardo: 1999:42).

Las luchas sociales polarizaron a las sociedades civiles “*entre un sector contestatario y otro beneficiario del modelo político de los gobiernos autoritarios*” (Sol, ídem: 38).

Posterior a Esquipulas, y de manera especial con la inclusión del Protocolo de Tegucigalpa se crea el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), donde por primera vez se integra a la sociedad civil al interior de la institucionalidad de la integración. (Comité Consultivo del SICA).

Señala Flor Seas: “*con todas las debilidades que pudieran señalarse, es evidente que la participación de las organizaciones de la sociedad civil en el CC-SICA, ha posibilitado la generación, ampliación y el afianzamiento de las organizaciones sociales como interlocutores de los sectores que representaron ante la institucionalidad del sistema y los gobiernos*” (Seas: 2000:26).

Otros dos espacios en las instituciones de la integración fueron creados

luego: en 1993, como instancia adscrita a la SIECA y otro en 1994, en los Consejos Nacionales de Desarrollo Sostenible.

Con debilidades en su capacidad de incidencia, tal vez por su heterogeneidad y diversidad, el peso de esta sociedad civil regionalmente organizada no ha sido (Seas, Flor: ídem) muy determinante en el rumbo de la integración.

Se ha señalado también el problema de las cúpulas regionales desarticuladas de las organizaciones nacionales, lo que genera discusiones sobre la representatividad. (Estado de la región: op. cit.: 355).

A pesar de todo, estas instancias regionales articulan esfuerzos y pueden permitir incluir en la agenda de la integración, temáticas sociales a veces dejadas de lado por el predominio de una agenda más de corte económico.

A manera de conclusión: la integración deseada

Poner una lupa sobre el mapa centroamericano nos permite ver regiones tan diferentes como el altiplano guatemalteco, la costa Caribe; las zonas interfronterizas, y un sinnúmero de colores, sabores, variantes-habla y diversidad de lenguas. Esta pluralidad contrasta con el imaginario de los Estados-Nación surgidos desde el Siglo XIX: un Estado guatemalteco ladino y con leyes e instituciones superpuestas e impuestas a la legalidad indígena; un imaginario de Estado-Nación costarricense blanco, meseteño y patriarcal, para citar dos ejemplos.

Si en la biodiversidad, según los biólogos, está nuestra riqueza, ¿no reside nuestra diferencia como región en esa condición plurilingüe y multiétnica?

¿Cómo revertir las tendencias a la exclusión de grandes grupos? ¿Cómo integrar a esos excluidos(as) por razones étnicas, etarias, de género?

Es comprensible el desencanto por la política y los políticos que aparece en las encuestas (Cfr. Barómetro Centroamericano). Al fin de cuentas es perfectamente comprensible que después de tanto sufrimiento en las guerras la población no visualice los beneficios concretos. La exclusión social desafía a las democracias Centroamericanas a incrementar los niveles de gobernabilidad democrática, que pasa por la capacidad de los gobiernos de procesar las demandas de todos los sectores y pasa también por la capacidad de la sociedad civil de articular y formular esas demandas (Torres Rivas, Edelberto, 1995).

Los procesos de exclusión representan una fuerza dislocadora de todo esfuerzo integracionista.

Cuando los intelectuales hablan de la posmodernidad, recordamos aquella pregunta “¿fuimos alguna vez modernos en Centroamérica?” Al menos podría pensarse que muchos sectores aún no lo han sido.

El desafío de la integración es el de integrar a los excluidos, para poder convertir el crecimiento en desarrollo.

Bibliografía

- Beriain, Josetxo. “*La integración social en las sociedades actuales*”. Inguruak, Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política, número 11, abril, 1995, p. 41.
- Diercksens, 2000, *Género y empleo en la década de los noventa*, **Excluidas en pobres y desempleadas**, editado por el Foro de Mujeres para la Integración Centroamericana, San José, Costa Rica.
- Diercksens, 2000 (#2), **Del liberalismo al poscapitalismo**, San José, Costa Rica, ediciones DEI.
- CEPAL, 1983, *Pobreza y necesidades básicas del Istmo Centroamericano*.
- Gálvez Borrell, Víctor, 1997. “*Los mayas, la concertación y la construcción de la paz en Guatemala*”, **¡Viva la gente! La sociedad civil y los procesos de concertación en Centroamérica**. San José, Costa Rica, PNUD, proyecto CAM 96.100.
- Guido Béjar, Rafael, 1997, “*Sociedad y concertación en el proceso de pacificación en El Salvador*”, **¡Viva la gente! La sociedad civil y los procesos de concertación en Centroamérica**, San José, Costa Rica, PNUD, proyecto CAM 96.100.
- Jarquín, Edmundo, 1999, “*Los retos de la gobernabilidad en la reconstrucción de Centroamérica*”, **Los medios de comunicación en el proceso post-Mitch**, San José, Costa Rica, Talleres Lara, Asociados, Ediciones CIDH.
- Lavel Thomas, Allan, 2000, “*Desastres y desarrollo: hacia un entendimiento de las formas de construcción social de un desastre. El caso del Huracán Mitch*”, **Del desastre al Desarrollo Humano Sostenible**, San José, Costa Rica, ediciones CIDH.
- Nowalski, Jorge, 2000, “*El Desarrollo Humano Sostenible: paradigma para la transformación de Centroamérica*”, **Del desastre al Desarrollo Humano Sostenible en Centroamérica**. San José, Costa Rica, Talleres Lara y Asociados, ediciones CIDH.
- Nowalski, Jorge, 2000, #2, **Centroamérica ante los desafíos de la**

- globalización**. San José, Costa Rica, ediciones CIDH, cuaderno #2.
- Opazo Bernales y Fernández, 1990, **Esquipulas II: una tarea pendiente**, San José, Costa Rica, CSUCA, 1° edición.
- PNUD, **El desafío democrático**, San José, Costa Rica, PNUD, 1997.
- PNUD, 1999. **Estado de la región en Desarrollo Humano Sostenible**, San José, Costa Rica, impreso por Editorama S.A.
- PNUD, 1999. **Informe sobre Desarrollo Humano**.
- Rivera, Roy, 2000. **El contexto de la evaluación de políticas de desarrollo**, Mimeo, texto borrador de un libro próximo a editar.
- Seas, Flor, 2000, “*Globalización, ajuste estructural e integración regional*”, **Excluidos... pobres y desempleados**, San José, Costa Rica, Imprenta Lara, editado por el Foro de Mujeres para la Integración Centroamericana.
- Solís, Luis Guillermo, 1998, “*La integración Centroamericana, los factores políticos y su inserción en el sistema internacional*”, **Quién es quién en la Institucionalidad Centroamericana**, San José, Costa Rica, PNUD.
- Sol, Ricardo, 1998, “*El SICA como espacio de concertación y participación de la sociedad civil regional*”, **Quién es quién en la Institucionalidad Centroamericana**. San José, Costa Rica, PNUD.
- Taracena, Arturo, y Piel, Jean, 1995, **Identidades Nacionales y Estado Moderno en Centroamérica**, Colección Istmo, Editorial Universidad de Costa Rica.
- Urcuyo, Constantino, 1999, “*Actores y problemas del Desarrollo Actual en Centroamérica: los retos de la coyuntura*”. **Los medios de comunicación en el proceso post-Mitch**. San José, Costa Rica, Talleres Lara, ediciones CIDH.